

hay un pilon labrado en mitad de las salas; solamente hay espitas siempre abiertas que vierten sobre el pavimento de mármol como hasta media pulgada de agua: el agua se escapa luego por tarreas y se renueva sin cesar. Lo que se llama baños en el Oriente no es una inmersión completa, sino una aspersión sucesiva, más ó ménos caliente, y la impresión del vapor sobre el cutis.

Doscientas mugeres de la ciudad y de los alrededores estaban convidadas aquel día al baño, entre ellas varias jóvenes europeas; todas llegaron embozadas en la inmensa sábana de lienzo blanco que cubre enteramente el soberbio trage de las mugeres, cuando salen. Todas iban acompañadas de sus esclavas negras, ó de sus criadas libres; á medida que iban llegando, se reunían en grupos, se sentaban sobre esteras ó almohadones dispuestos en el primer vestíbulo, sus criadas les quitaban el lienzo que las cubria, y aparecían en toda la rica y pintoresca magnificencia de sus vestidos y de sus joyas. Estos vestidos tienen mucha variedad en cuanto al color de las telas y el número y brillo de los adornos; pero son muy informes en el corte.

Consisten en un pantalon con anchos pliegues de raso listado, anudado á la cintura con una faja de seda encarnada, y cerrado sobre los tobillos con una manija de oro ó de plata; una saya recamada de oro, abierta por delante y anudada debajo de

los pechos, dejándolos descubiertos; las mangas son estrechas debajo del sobaco, y están abiertas desde el codo hasta la muñeca, dejando pasar una camisa de gasa de seda que cubre el pecho. Llevan por encima de esta saya una chaqueta de terciopelo de color brillante, forrada de piel de armiño ó de marta, y bordada de oro en todas las costuras, con las mangas igualmente abiertas.

El pelo se divide en mitad de la cabeza; una parte cae sobre el cuello; lo demás está trenzado y cae hasta los piés, alargado con otras trenzas de seda negra que imitan el pelo, de cuyas puntas penden otras trencillas de plata ú oro que con su peso las hacen flotar al rededor del talle; toda su cabeza está además sembrada de cadenillas de perlas, de zequíes de oro ensartados y de flores naturales, todo ello revuelto y tirado con increíble profusion.

Este lujo bárbaro produce el efecto mas pintoresco en las jóvenes de quince á veinte años; en lo alto del cráneo, algunas mugeres se ponen además un gorrito de oro cincelado en forma de copa volcada; de su centro salía una orla de oro que sostiene un moño de perlas, que ondea sobre la parte posterior de la cabeza.

Las piernas están desnudas, y su calzado es unas babuchas de tafete amarillo que llevan en chanclas.

Los brazos están cubiertos de manijas de oro, de plata, de perlas; la garganta, de una multitud de collares que forman un tejido de oro ó de perlas sobre los pechos descubiertos.

Cuando estuvieron reunidas todas las mugeres, resonó una música bárbara: varias mugeres, con la parte superior del cuerpo envuelta en una simple gasa roja, lanzaban chillidos agudos y lastimeros y tocaban el pífano y el tamboril; aquella música, que no cesó en todo el día, daba á aquella escena de placer y de diversion un carácter de algazara y frenesí enteramente selvático.

Cuando se presentó la novia, acompañada de su madre y de sus amigas, y vestida con tanta magnificencia que su cabellera, su cuello, sus brazos y su pecho desaparecían enteramente bajo un flotante velo de guirnaldas, de piezas de oro y de perlas, todas las bañadoras se apoderaron de ella y le fueron quitando, uno á uno todos sus vestidos; entre tanto las demas se dejaban desnudar por sus esclavas, y en seguida, empezaron las diferentes ceremonias y palabras, cada vez mas extravagantes, de una sala á otra; tomaron los baños de vapor, luego los baños de ablucion, luego hicieron correr sobre las mugeres las aguas perfumadas y untuosas; luego, en fin, principiaron los juegos, y todas aquellas mugeres hicieron con ademanes y gritos diversos, lo que hace una caterva de muchachos á quienes se lleva á nadar á un río;—empujarse, zambullirse, tirarse

agua á la cara; y la música aullaba cada vez mas estrepitosa, cada vez que alguna de aquellas travesuras provocaba las ruidosas carcajadas de las muchachas árabes. En fin, salieron del baño; las esclavas y las doncellas trenzaron de nuevo los cabellos húmedos de sus amas, les prendieron los collares y los brazaletes, les pusieron las sayas de seda y las chaquetas de terciopelo, tendieron cogines sobre las esteras en las salas, despues de haber enjugado el piso, y sacaron de los canastos y de los envoltorios de seda las provisiones dispuestas para lo colacion,—pasteles y dulces de toda especie, en que los turcos y los árabes son excelentes, sorbetes, guas de azahar y todas aquellas bebidas heladas de que hacen uso los orientales á todas horas del día; tambien trageron pipas y *narguiles* (1) para las mugeres de alguna edad; una nube de humo aromático llenó y oscureció la atmósfera; el café, servido en tazitas de china metidas en marcelinas de filigrana de oro y plata, no cesó de circular, y las conversaciones se animaron; luego entraron las bailarinas, que ejecutaron, á los sonidos de aquella misma música, las danzas egipcias y las monótonas evoluciones de la Arabia. Así se pasó todo el día, y solo hácia el anochecer aquella multitud de mu-

(1) Pipas persas más complicadas que las ordinarias.—V. del T.

geres fué acompañando á la novia hasta casa de su madre. Esta ceremonia del baño suele hacerse algunos dias ántes del de la boda.

20 de Septiembre, 1832.

Ya que he completado nuestro establecimiento, me ocupo en organizar mi caravana para el viage al interior de la Siria y la Palestina. He comprado catorce caballos árabes, unos del Líbano, otros de Alepo y del desierto; he mandado hacer las sillas y los frenos al uso del pais, ricos y adornados de franjas de seda y de hilillo de oro y de plata. El respeto que se obtiene de los árabes está en proporcion directa del lujo que se ostenta; es preciso deslumbrarlos para herir su imaginacion y viajar con entera seguridad entre sus tribus; hago preparar nuestras armas y compro otras mas hermosas para armar á nuestros carvas. Estos carvas son unos turcos que reemplazan á los genizaros que la Puerta concedia en otro tiempo á los embajadores ó á los viajeros, quienes queria proteger, y que reunen el caracter de soldados al de magistrados; vienen á corresponder á los cuerpos de gendarmaría de los Estados de Europa. Cada cónsul tiene uno ó dos de ellos, agregados á su persona; viajan á caballo con ellos, los anuncian en las ciudades por

donde deben pasar; van á visitar al jeque, al bajá, al gobernador; van á hacer desalojar y á disponer para ellos la casa de la ciudad ó de los pueblos que han elegido; protegen con su presencia y su autoridad toda caravana á que se los agrega;—llevan vestidos mas ó ménos espléndidos, segun el lujo ó la importancia de la persona que los emplea. Los embajadores ó los cónsules europeos son los únicos extranjeros que están autorizados para tenerlos; pero, gracias á los empeños de M. Jorelle y á la bondad del gobernador egipcio de Berut, se me han concedido varios. Dejaré algunos en casa para el servicio de mi muger y de mi Julia, y para su seguridad cuando tengan que salir, y me llevo al mas jóven, entendido y valiente de todos, para que vaya al frente de nuestro destacamento. Estos hombres son humildes, serviciales, atentos, y no exigen casi nada mas que hermosas armas, hermosos caballos y hermosos trages; viven, como casi todos los árabes que tengo á mi servicio, de tortas de harina de cebada y de fruta, duermen á cielo raso debajo de las moreras de los huertos ó en una tienda que he hecho levantar junto al sitio en que están los caballos.

El cónsul de Cerdeña, el señor Bianco, á quien vemos todos los dias como á un amigo de muchos años, nos facilita todos estos arreglos interiores, que me tendrán tranquilo por mi muger y mi hija

durante mi ausencia, y contribuirán tambien á nuestra propia seguridad en el camino; compro varias tiendas, y él me presta la mejor de las suyas.

22 de Septiembre, 1832.

Los terribles calores de Septiembre dilatan nuestra partida. Pasamos los dias haciendo y recibiendo visitas de todos nuestros vecinos, griegos, árabes, maronitas, y formando relaciones que deben hacernos grata esta residencia. En ninguna parte, hallaríamos en Europa, mas bondades que las que nos han prodigado aquí: estos pueblos no están acostumbrados á ver mas que á europeos dados al comercio, y cuyas relaciones tienen todas un objeto interesado; no comprenden al principio que se venga á habitar y á viajar entre ellos, únicamente para conocerlos y admirar su hermosa naturaleza y sus monumentos derruidos; empiezan por recelarse de las intenciones de un viajero, y como las tradiciones les hacen creer que en todas las ruinas están enterrados grandes tesoros, creen que tenemos el secreto de desenterrarlos y que este es el objeto de nuestros gastos y de nuestras fatigas; pero cuando una vez se ha logrado convencerlos de que no se viaja con esta mira, de que se va solamente á admirar la obra de Dios en las mas hermosas regiones del

mundo, á estudiar las costumbres, á ver y á amar á los hombres; cuando ademas se les ofrecen regalos sin pedirles en cambio mas que su amistad; cuando lleva uno consigo, como llevábamos nosotros, un médico y una botica, y se les distribuyen gratuitamente las recetas, las consultas y las medicinas; cuando ven que el extranjero que les llega es atendido y agasajado por los otros francos, que dispone de un hermoso buque, que le lleva á su arbitrio de un puerto á otro, y que no quiere cargarse con ningun objeto de comercio, su imaginacion concibe una idea de poder, de grandeza y desinterés que da al traste con todos sus sistemas, y pronto pasan de la desconfianza á la admiracion, y de la admiracion á una especie de cariño entusiasta.

Tal es su disposicion con respecto á nosotros. Todo el dia está lleno nuestro patio de árabes de las montañas, de monjes maronitas, de jeques drusos, de mugeres, de niños, de enfermos; que vienen ya de quince ó veinte leguas para vernos, pedirnos consultas y ofrecernos la hospitalidad, si queremos pasar por sus pueblos; casi todos hacen que los precedan regalos de vinos ó frutas del pais. Los recibimos bien, les hacemos tomar café, fumar, tomar sorbetes y helados; les doy en cambio de sus regalos, telas de Europa, algunas armas, un reloj, alhajas de poco valor, de que he traído gran provision, y se vuelven encantados de nuestra acogida.

y van á llevar á su tierra la reputacion del *emir Franji*, (*el príncipe de los Francos*) que es el nombre que me han puesto, y el único con que soy conocido en todas las cercanías de Berut y aun en el pueblo; y como esta consideracion puede sernos de mucho provecho en nuestras correrías por esas montañas, M. Jorelle y los cónsules europeos tienen la bondad de no desengañarlos y de dejar pasar al humilde poeta por un personage poderoso en Europa.

Es imposible figurarse la rapidez con que circulan las noticias de boca en boca en la Arabia; ya se sabe en Damasco, en Alepo, en Latakié, en Saide, en Jerusalem, que ha llegado un extranjero á Siria y que va á recorrer estas regiones. En un pais donde hay poco movimiento en las cosas y en los ánimos, el mas pequeño suceso inusitado llega á ser de repente el objeto de todas las conversaciones; circula con la rapidez de la palabra, de una tribu á otra; la imaginacion sensible, ecsaltada, de los árabes, lo abulta y lo colora todo, y en quince dias se forma una fama á cien leguas de distancia. Estas disposiciones de este pais, disposiciones de que lady Stanhope ha hecho experiencia en otro tiempo, en circunstancias muy parecidas á las mías, nos son demasiado favorables para que nos quejemos de ellas: les dejamos que hagan y que digan, y aeepto, sin desengañarlos, los títulos, las riquezas,

las virtudes imaginarias de que me ha dotado la imaginacion arabe, para deponerlos en seguida humildemente, volviendo á las justas proporciones de mi nativa medianía.

27 de Septiembre, 1832, torre de Facardin.

Hemos pasado todo el dia en la boda de la jóven siria-griega. La ceremonia empezó por una larga procesion de mugeres griegas, árabes, y sirias, que han venido, unas á caballo, otras á pié por los senderos de áloes y de moreras, á asistir á la novia durante este fatigoso dia. Ya de algunos dias y de algunas noches á esta parte, cierto número de esas mugeres no sale de la casa de Habib-Bárbara, ni cesa de prorumpir en gritos, cánticos y gemidos agudos y prolongados por el estilo de la gritería que arman los vendimiadores y los segadores en los collados de Francia en la época de la cosecha. Esos clamores, esos lamentos, esas lágrimas y esas alegrías de convencion deben impedir á la novia pegar los ojos algunas noches ántes de la boda. Los viejos y los mozos de la familia del marido hacen otro tanto por su parte y no le dejan sosegar lo ménos en ocho dias. No puedo esplicarme los motivos de este uso.

Introducidos en los jardines de la casa de Habib, han hecho entrar á las mugeres en el interior de los divanes para dar el parabien á la novia, admirar su atavío y ver las ceremonias: á nosotros nos dejaron en el patio, ó nos hicieron entrar en un divan inferior, donde estaba servida una mesa á la europea, cargada de una multitud de frutas en dulce, de bizcochos y tortas, de licores y sorbetes, y toda la tarde se estuvo renovando esta colacion á medida que la despachaban los convidados, que eran muy numerosos. Yo logré por escepcion, introducirme hasta el divan de las mugeres en el momento en que el arzobispo griego daba la bendicion nupcial. La novia estaba de pié al lado del novio, cubierta desde la cabeza hasta los piés de un velo de gasa colorada bordada de oro: el sacerdote separó un instante el velo, y el jóven pudo vislumbrar por primera vez á la muger con quien iba á unir su vida, y que era admirablemente hermosa. La palidez de que cubrian sus mejillas el cansancio y la emocion, palidez realzada por los reflejos del velo colorado y los innumerables aderezos de oro, plata, perlas y diamantes de que estaba cubierta, y por las largas trenzas de su pelo negro que caian al rededor de su talle, sus pestañas pintadas de negro, igualmente que sus cejas y el borde de sus ojos, sus manos en que se veían las puntas de los dedos y de las uñas teñidas de en-

carnado, con el *kéné* (1) formando dibujos moriscos; todo daba á su hechicera hermosura un carácter de novedad y de solemnidad para nosotros, que nos dejó verdaderamente pasmados. Apenas tuvo tiempo su marido para mirarla; parecia rendido bajo el peso de las vigiliass y de las fatigas con que aquellos raros usos agotan hasta las fuerzas del mismo amor. El obispo tomó de manos de uno de sus sacerdotes una corona de flores naturales, la puso sobre la cabeza de la novia, la volvió á coger, la colocó sobre la cabeza del novio, otra vez la volvió á coger para ponerla sobre el velo de la esposa, y así la pasó varias veces de una cabeza á otra: luego les pusieron igualmente y les quitaron varias veces un anillo: partieron en seguida el mismo pan, bebieron el vino consagrado en la misma copa, hecho lo cual se llevaron á la novia á otras piezas, adonde solo las mugeres pudieron seguirla, para hacerla mudar de trage. El padre y los amigos del marido le llevaron por su parte al jardin, donde le hicieron sentarse al pié de un árbol, rodeado de todos los varones de su familia: entónces llegaron los músicos y los bailarines, y continuaron hasta despues de puesto el sol sus sinfonías bárbaras, sus agudos gritos y sus contorsiones al rededor del jóven, que se habia dormido al pié del

(1) En latin *lausonia*, planta polipétala, cuyo jugo tiene un color encarnado muy subido.—N. [del T.]

árbol y á quien sus amigos despertaban en vano á cada instante.

Cuando llegó la noche, le llevaron solo y en procesion hasta la casa de su padre: solo al cabo de ocho dias se le permitia al nuevo esposo ir á buscar á su muger y llevársela á su casa.

Las mugeres que atronaban con sus gritos la casa de Habib-Bàrbara, salieron tambien un poco mas tarde. No hay nada mas pintoresco que aquella inmensa procesion de mugeres y de muchachas vestidas del modo mas estraño y espléndido, cubiertas de brillantes pedrerías, rodeadas de sus criadas y sus esclavas, que llevaban hachas de pino resinoso para alumbrar su marcha, y prolongando así su luminosa fila por entre los largos y angostos senderos de àloes y de naranjos, en la orilla del mar, á veces en silencio, á veces prorumpiendo en gritos que resonaban hasta sobre las olas ó sobre los grandes plàtanos del pié del Líbano. Volvimos á nuestra casa, inmediata á la quinta de Habib, donde todavía oíamos el ruido de las conversaciones de las mugeres de la familia; subimos á nuestra azotea, y por largo rato seguimos con la vista aquellos fuegos errantes que circulaban por todas partes por entre los árboles en la llanura.

29 de Septiembre, 1832.

Se habla de una derrota de Ibrahim. Si el ejército egipcio llegase á experimentar un reves, la venganza de los turcos, oprimidos hoy aquí por los cristianos del Líbano, seria de temer, y podrian ocurrir graves escesos en las quintas y caseríos aislados particularmente como el nuestro. Me he decidido á alquilar tambien por precaucion, una casa en la ciudad; esta mañana hallé una que puede alojarnos á todos; se compone, como todos los palacios árabes, de un pasadizo oscuro que remata en la calle por una puerta de arco rebajado; este pasadizo conduce á un patio empedrado de mármol, y rodeado de divanes ó salas abiertas; en verano se pone un toldo sobre ese patio, y allí es donde están los árabes para recibir las visitas; un surtidor de agua corre y murmura en mitad del patio, y cuando no hay manantial, hay á lo ménos un pozo cerrado en uno de los ángulos; de ese patio se pasa á varias grandes piezas enlosadas de mosaicos ó de baldosas de mármol, y decoradas hasta una altura de como hasta dos piés, ó de mármol esculpido en nichos, ó de ensambladuras de cedro amaxillo admirablemente labrado; para pasar de la primera parte de esos divanes á la se-

gunda hay que subir un escalon, y dicha segunda mitad está defendida por una balaustrada de madera primorosamente tallada; los esclavos y los criados están en la primera parte, de pié, con la taza de café, el sorbete ó la pipa en la mano; los amos están sentados sobre alfombras y reclinados sobre almohadones en la segunda:—en general, en el fondo de la pieza se halla una escalerita de madera escondida en la ensambladura y que conduce á una especie de tribuna elevada que ocupa el fondo de la estancia: esa tribuna da, á un lado, sobre la calle por ventanillas de arco diagonal guarnecidas de graciosos enrejados, y por el lado de la habitacion tiene tambien otros enrejados de madera en que los ebanistas del pais ostentan todo el arte de sus dibujos y de su ejecucion: esas tribunas son muy angostas, y no pueden contener mas que un divan cubierto de colchones y cogines de seda: allí es donde los turcos y los árabes ricos se retiran por la noche; los demas se contentan con echar almohadones en el suelo y sobre ellos duermen vestidos, sin mas manta ni sábana que las hermosas pieles que llevan generalmente.

Cinco ó seis piezas por este estilo hay en mi casa de la ciudad en el primer piso, y otras tantas en el segundo, ademas de un gran número de piecitas altas é independientes para criados europeos; los jenízaros y los *sais* (criados árabes) duermen en la puerta de la calle, ó bajo el pasadizo ó

portal, ó en el patio; nunca se piensa en buscarles un sitio ó una cama; el pueblo aquí no tiene mas cama que el suelo y una estera de Egipto; la belleza del clima ha provisto á todo, y nosotros mismos experimentamos que no hay cielo de cama mas delicioso que este hermoso firmamento estrellado, adonde las ligeras brisas del mar traen un poco de frescura y brindan al sueño; hay poco ó ningun rocío, y basta cubrirse los ojos con un pañuelo de seda, para dormir á cielo raso sin ningun inconveniente.

Esta casa no es mas que una seguridad para mi muger y mi hija, en caso de retirarse Ibrahim Bajá; me he contentado con recoger las llaves, y no la ocupariamos sino en el caso de que el resto del pais fuese inhabitable. Bajo la garantía de los cónsules europeos, en una ciudad cerrada con murallas, y al lado de un puerto donde siempre están fondeados buques de todas las naciones, no puede haber peligro inminente para unos viajeros. He alquilado la casa de la ciudad por un año, á razon de mil piastras, es decir, sobre mil doscientos reales; las cinco casas reunidas no me cuestan mas que tres mil piastras, es decir, entre todo, unos cinco mil trescientos reales al año, por tener seis casas, de las cuales una sola, la de la ciudad, costaria por lo ménos mil duros en Europa.



Hay, en una legua de tierra, à la izquierda de la ciudad, una de las mas deliciosas habitaciones que pueden desearse en el mundo; pertenece à un rico comerciante turco, à quien he hecho proponer que me la ceda: no ha querido alquilármela; pero me ha ofrecido vendérmela por treinta mil pias-tras, es decir, sobre dos mil duros: se levanta en medio de un jardin muy espacioso, plantado de cedros, de naranjos, de vides, de higueras, y regado por una hermosa fuente de agua manantial; el mar la rodea por todos lados, y la espuma va à bañar el pié de las tapias; toda la hermosa rada de Berut se estiende à la vista con sus buques anclados, oyéndose desde allí el son del viento en las jarcias; la limita un antiguo castillo moruno que avanza dentro del mar, y está unida à hermosas praderas verdes por medio de puentes, y cuyas altas almenas se dibujan en sombra sobre el fondo de las nieves del Sannin, dejando ver en sus intervalos los centinelas de Ibrahim que se pasean por ellas mirando el mar.

La casa es mucho mas hermosa que la que acabo de alquilar. Todas las paredes están cubiertas de mármoles, admirablemente esculpidos; surtidores de agua eternos murmuran en medio de las piezas del piso bajo, y largos balcones enrejados y salientes que dan la vuelta à los pisos superiores, permiten à las mugeres pasar, sin ser vistas, los dias y las noches à cielo raso, y recrear sus mira-

das en el admirable espectáculo del mar, de las montañas y de las animadas escenas del puerto. El turco, dueño de la casa, me ha recibido perfectamente; me ha prodigado los sorbetes, las pipas y el café, y él mismo me acompañó à todas las piezas, despues de haber enviado à un eunuco negro à prevenir à sus mugeres que se retirasen à un pabellon del jardin; pero cuando llegamos à su habitacion ó harem, todavía no se habia ejecutado esta órden, y vimos cinco ó seis jóvenes, unas de quince à diez y seis años à lo mas, otras de veinte à treinta, en aquel lindo y hermoso trage de las mugeres árabes, y en todo el desórden de su atavío casero, que se levantaban precipitadamente de sus esteras y de sus divanes, las piernas al aire y descalzas, unas tapándose la cara con un velo, otras llevando en los brazos criaturas de pecho, con toda la vergüenza, con toda la confusion naturales en semejante sorpresa; metiéronse en un corredor oscuro y él eunuco se puso à la puerta. El comerciante árabe no pareció en manera alguna incomodado por aquella circunstancia, y visitamos todas las piezas interiores del harem, como hubiéramos podido visitar una casa de europeos.

## VISITA A LADY ESTER STANHOPE.

Lady Ester Stanhope, sobrina del célebre ministro M. Pitt, despues de la muerte de su tio, dejó la Inglaterra y recorrió la Europa. Joven, hermosa y rica, en todas partes fué recibida con el agasajo y el interes que debian merecerle su clase, su caudal, su talento y su hermosura; pero siempre se negó à unir su suerte à la de sus mas dignos admiradores, y despues de haber pasado algunos años en las principales capitales de Europa, se embarcó con una numerosa comitiva para Constantinopla. Nunca se ha sabido el motivo de aquella espatriacion; unos la han atribuido à la muerte de un jóven general inglés, muerto por entonces en España, y que un eterno dolor debia conservar siempre presente én el corazon de lady Ester; otros à una simple aficion à aventuras que el carácter animoso y emprendedor de aquella jóven hacia probable en ella. Como quiera que sea, púsose en camino, pasó algunos años en Constantinopla y se embarcó en fin para la Siria en un buque ingles que llevaba tambien la mayor parte de sus tesoros, y valores inmensos en alhajas y regalos de toda especie.

Asaltó al buque una tempestad en el golfo de Macri, en la costa de Caramania, enfrente de la is-

la de Rodas, y fué à estrellarse en un arrecife à pocas millas de la playa. El buque se hizo pedazos y los tesoros de lady Stanhope fueron à fondo; ella se salvó de la muerte à duras penas, y fué llevada en una tabla à una isleta desierta, donde pasó veinticuatro horas sin alimentos ni socorros, hasta que al fin unos pescadores de Marmoriza, que buscaban los despojos del naufragio, la descubrieron y la llevaron à Rodas, donde se hizo reconocer por el cónsul inglés. No entibió su resolucion aquel fatal suceso; volvióse à Inglaterra pasando por Malta, reunió los restos de su hacienda, vendió una parte de sus bienes, cargó un segundo buque de riquezas y de regalos para las regiones que se proponia recorrer, y se dió à la vela. Despues de una feliz travesía, desembarcó en Latakí, la antigua Laodicea, en la costa de Siria, entre Trípole y Alejandreta: establecióse en las cercanías, aprendió el árabe, se rodeó de todas las personas que podian facilitarle relaciones con las diferentes poblaciones árabes, drusas y maronitas del pais, y se preparó como yo, à hacer viages y descubrimientos en las partes ménos accesibles de la Arabia, de la Mesopotamia y del desierto.

Luego que se familiarizó bien con la lengua, el trage, las costumbres y los usos de los paises, organizó una numerosa caravana, cargó algunos camellos de ricos regalos para los árabes, y recorrió todas las partes de la Siria. Residió en Jerusa-

len, en Damasco, en Alepo, en Koms, en Balbek y en Palmira; hallándose en esta última residencia fué cuando las numerosas tribus de árabes errantes que le habian facilitado la entrada en aquellas ruinas, reunidas en número de cuarenta ó cincuenta mil personas, y prendadas de su hermosura, de su gracia y de su magnificencia, la proclamaron reina de Palmira, y le espidieron cédulas en virtud de las cuales todo europeo protegido por ella, podría visitar con toda seguridad el desierto y las ruinas de Balbeck y Palmira, con tal que se obligase á pagar un tributo de mil piastras. Este trato existió todavía, y los árabes le cumplirían fielmente si se les diesen pruebas positivas de la protección de lady Stanhope.

Sin embargo, á su vuelta de Palmira, estuvo á punto de ser robada por una numerosa tribu de árabes, enemigos de los de Palmira. Avisóselo á tiempo uno de los suyos, y debió su salvación y la de su caravana á una marcha forzada de noche, y á la velocidad de sus caballos, que anduvieron un espacio increíble por el desierto en veinticuatro horas. Volvió entonces á Damasco, donde residió algunos meses bajo la protección del bajá turco, á quien la Puerta la habia recomendado con empeño.

Después de una vida errante por todas las provincias del Oriente, lady Ester Stanhope se fijó por fin en una soledad casi inaccesible, en la cima de

una de las montañas del Líbano, cercana á Saide, la antigua Sidon. El bajá de San Juan de Acre, Abdala-Bajá, que le profesaba el mayor respeto y un afecto ilimitado, le concedió los restos de un convento y la aldea de Djioun, poblada por Drusos: lady Ester hizo construir varias casas rodeadas de una muralla, por el estilo de nuestras fortificaciones de la edad media, formó artificialmente un delicioso jardín al uso de los turcos,—jardín lleno de flores y de frutas, de emparrados y de kioscos enriquecidos con esculturas y pinturas arabescas,—aguas corrientes en targeas de mármol, surtidores de agua viva en medio de los kioscos,—bóvedas de naranjos de higueras y de limoneros. Allí vivió lady Stanhope algunos años con un lujo enteramente oriental, rodeada de gran número de dragomanes europeos ó árabes, de un numeroso séquito de mugeres, de esclavos negros, y en relaciones de amistad y aun de política con la Puerta, con Abdala-Bajá, con el emir Beschir, soberano del Líbano, y sobre todo, con los jeques árabes de los desiertos de Siria y de Bagdad.

Pronto su caudal, considerable todavía, disminuyó de resultas del trastorno de sus negocios ocasionado por su ausencia, y se halló reducida á seis ó siete mil duros de renta que todavía bastan en este país para el tren de vida que lady Stanhope tiene precisión de conservar. Con el tiempo las personas que la vinieron acompañando de Euro-